

## VALL PALOU, COMPLETAMENTE

Según la Biblia, Dios creó el cielo y la tierra, hizo la luz, separó las aguas y originó el universo en seis días. El séptimo descansó. Y fue entonces cuando, siglo tras siglo, los artistas emprendieron la tarea de continuar haciendo y rehaciendo, deshaciendo y contrahaciendo, sobrehaciendo y... Solo en la época moderna, algunos pintores, escultores y escritores empezaron a crear desde el primer día, sin tomar como modelo o referente la realidad existente: sus obras formaron mundos autónomos o independientes, que no pretendían ni representar, ni simbolizar, ni reproducir el universo. El quehacer artístico de Teresa Vall Palou pertenece a esta creatividad característica de la modernidad, y se adscribe, pues, a esta colección de autores que idean y materializan otros mundos, rehuyendo la dependencia de una referencia real.

En consecuencia, el lenguaje pictórico de Vall Palou se escapa de todo tipo de traslación a un lenguaje verbal, porque no encontramos equivalentes racionales o irracionales. La artista catalana aspira a crear belleza, una belleza que el espectador pueda sentir sin tener que reflexionar. La preeminencia es otorgada a la mirada, sin ninguno otro apoyo que lo del sentido de la vista. Probablemente, los ojos emprendan una respuesta táctil, en una sinestesia que duplique un placer del todo estético.

No estamos, sin embargo, ante un arte gestual o espontaneísta. En contraposición Teresa Vall Palou toma ejemplo de la paciencia y la habilidad de los artesanos, y no solo mira de dominar las técnicas más complicadas de la pintura, el grabado, la escultura..., sino que cada cuadro es sometido a un proceso largo, a copia de dedicarle muchas horas y durante muchos de días. Así, lo que quizás había surgido tirando una tinta o un color en la parte alta de la tela para que se derramara hacia su parte inferior se transforma en el primer motivo de una labor larga, hecha tanto de pausas como de acciones. Los cuadros de Teresa Vall se hacen, se deshacen y se rehacen una y mil veces.

Por eso, su pintura se caracteriza por unas texturas muy densas, logradas a base de superponer un buen número de capas, que hacen desaparecer la tela en beneficio de un estallido de gradaciones de colores y formas, de materia y relieves. En el proceso, Vall Palou no olvida estructurar el trabajo bueno, marcando los baremos que garanticen el ensamblaje de las partes con el conjunto. De este modo, el desorden y la orden de la materia pictórica no dejan de retener una armonía última, que enmarcará el resultado final.

Con todo eso y aunque la creatividad pictórica de Teresa Vall Palou haya mantenido una sola trayectoria a lo largo de los años, no podemos proscribir sus tentativas y consecuciones en otros dominios de las artes plásticas. Si lo hiciéramos y los margináramos, olvidaríamos una característica básica de la voluntad estética del artista: Vall Palou invierte una buena parte de la actividad al aprender y experimentar, en busca

de otros vehículos expresivos y otros lenguajes. No es en vano que utilice la técnica japonesa del raku en la hora de emular el poder creativo del fuego –telúrico y volcánico– en sus piezas de cerámica.

Gracias a una tal dedicación a la experimentación, Vall Palou ha ampliado los soportes: espejos y vidrios, telas y papeles... En lo referente a los grabados, a los gofrados, a las litografías o a las xilografías, tiende a mezclar varios procedimientos en una misma obra, de forma que, por ejemplo, en un gofrado utiliza secundariamente la impresión por medio de una plancha metálica.

Asimismo, me parece observar tanto en pinturas como en estampas y objetos una única dirección, firme y recta, que solo se permite dar algún rodeo en los canales de la transmisión: ya sea pintando, ya sea grabando o imprimiendo, Teresa Vall Palou ensalza siempre la belleza queriendo convocar un estímulo genésico o formal. Los nombres de las últimas exposiciones –“Génesis”, 2015; “Latidos”, 2016, y “Estallidos/Éclats”, 2017– lo corroboran.

A menudo, la creación del artista de Lleida desemboca en una caligrafía que recuerda la pintura tradicional japonesa, bien lejos de la textura matérica y cromática de los cuadros. Da lo mismo, siempre y siempre, Vall Palou hará uso de un *modus operandi* propio de los artesanos, pero para piezas únicas, puesto que aburrece la reproducción en serie.

Cuando amplía su capacidad realizando libros de artista, aprende a encuadernar y compaginar. Así, en uno de estos libros-objeto, *Pared con grietas*, hecho conjuntamente con Sala-Valldaura, emplea la técnica del *rasgado*, el *stencil* y la *estampación en relieve* con poliestireno sobre papel guarro Súper Alfa de 250 grs. Entre julio de 2015 y abril de 2016, surgió una obra de únicamente un par de ejemplares, que, por el trabajo de las incisiones, recuerda a Lucio Fontana. Con el poeta Vicenç Altaió, Vall Palou realizó *Sobreamor*, también un libro de artista de dos ejemplares, donde hay que remarcar las gradaciones de los rojos y de los negros, en un diálogo que se centra tanto en la geografía del deseo como en un espacio común, el de Marruecos.

El esencialismo no excluye la elaboración parsimoniosa: Teresa Vall Palou hace trabajo en su taller fiel a unas convicciones que se pueden calificar de informalistas. Por el camino recto, nunca ha seguido los cánones del mercado del arte: desde buen comienzo, el suyo es un informalismo –si es necesario adjetivarlo– abstracto, nada gestual y más bien matérico, al menos en cuanto a la pintura. Se trata de un arte que se hace sin constreñimientos reflexivos, otorgando la prioridad no al azar –aunque no lo excluya– sino a la dedicación conjunta y mancomunada de las formas y las materias, de las manos y los colores, del tiempo y los espacios.

Seguramente, para un francés, la obra de Vall Palou le recordará al “grattage” de Jean Fautrier o de los paisajes inexistentes de Jean Dubuffet, entre los clásicos modernos.

Nos recuerda por similitud de resultados, a pesar de que los procedimientos de la catalana sean bien distintos: solo grata para llenar o de señalar contrastes, en un quehacer personal e identificable, singular del todo, que convierte en obsesivo el deseo de perfección. Un lenguaje artístico que habla desde la ambición estética más alta.

Josep Sala-Valldaura

Poeta, crítico y comisario de la exposición

## VALL PALOU, CARRÉMENT

Selon la Bible, Dieu créa les cieux et la terre, fit la lumière, sépara les eaux et façonna l'univers en six jours. Le septième, il se reposa. Et ce fut alors que, un siècle après un autre, les artistes assumèrent la tâche de continuer à faire et refaire, défaire et contrefaire, surfaire et... Ce n'est qu'avec les temps modernes que quelques peintres, sculpteurs et écrivains se mirent à créer dès le départ, sans prendre la réalité présente comme modèle ou référence : leurs œuvres formèrent une multitude de mondes autonomes ou indépendants, qui ne prétendaient ni représenter, ni symboliser, ni reproduire l'univers. L'activité artistique de Teresa Vall Palou relève de cette créativité propre de l'âge moderne et la situe, donc, entre ces auteurs qui imaginent et concrétisent d'autres mondes, parce qu'ils refusent de dépendre d'une référence réelle.

C'est ainsi que le langage pictural de Vall Palou échappe à toute sorte de translation à un langage verbal, car nous ne pouvons y trouver aucun équivalent, qu'il soit rationnel ou irrationnel. L'artiste catalane aspire à créer de la beauté, une beauté que le spectateur puisse éprouver sans avoir à réfléchir. C'est au regard que la primauté est accordée, sans autre support que celui du sens de la vue. Il est probable, toutefois, que les yeux s'associent à une réponse tactile, emportés par l'élan d'une synesthésie qui fasse redoubler un plaisir tout esthétique.

Nous ne nous trouvons cependant pas en présence d'un art gestuel ou spontanéiste. Bien au contraire, Teresa Vall Palou prend exemple sur la patience et l'habileté des artisans, et ne se limite pas à essayer de maîtriser les techniques les plus compliquées de la peinture, la gravure, la sculpture... : chaque tableau est soumis à un très lent processus, où sont investies de longues heures, pendant de nombreuses journées. Ainsi, ce qui avait commencé comme de l'encre ou de la couleur projetées tout en haut de la toile pour les voir s'écouler ensuite vers le bas devient le motif initial d'un très long labeur, composé tout autant de pauses que d'actions. Les tableaux de Teresa Vall se font, se défont et se refont une et mille fois.

Voilà pourquoi sa peinture est caractérisée par des textures très denses, auxquelles elle arrive à force de superposer bon nombre de couches, qui font disparaître la toile au profit d'un éclat de gradations de couleurs et de formes, de matière et de reliefs. Au cours de ce processus, Vall Palou est soucieuse de structurer le travail en soulignant les marques qui fusionneront les parties au tout. De la sorte, le désordre et l'ordre de la matière picturale ne sont pas dépourvus d'une harmonie dernière, qui enchâssera le résultat final.

Néanmoins, et bien que la créativité picturale de Teresa Vall Palou se soit maintenue sur la même trajectoire au cours des années, il s'avère impossible d'omettre ses tentatives et ses succès dans d'autres domaines des arts plastiques. Si c'était le cas, si on les taisait,

on oublierait une caractéristique essentielle de la volonté esthétique de l'artiste : Vall Palou consacre une bonne partie de sa pratique à apprendre et à expérimenter, toujours à la recherche d'autres véhicules expressifs et d'autres langages. Ce n'est pas un hasard si elle emploie la technique japonaise du raku-yaki quand elle cherche à égaler le pouvoir créatif du feu –tellurique et volcanique– dans ses céramiques.

C'est en raison de cette recherche expérimentale que Vall Palou a élargi les supports : des miroirs et du verre, des toiles et du papier... Quant aux gravures, aux gaufrages, aux lithographies ou aux xylographies, elle a tendance à mêler différents procédés dans une même œuvre, de sorte que, sur un gaufrage, par exemple, elle fera une impression de façon secondaire au moyen d'une matrice métallique.

Et pourtant, il me semble que je remarque, aussi bien sur ses tableaux que sur ses estampes ou ses objets, une seule direction, ferme et catégorique, qui ne se permet les détours que pour les voies de transmission : que ce soit à travers la peinture, la gravure ou l'impression, Teresa Vall Palou poursuit toujours la beauté, stimulée par l'invocation d'un élan génésique ou originel. Les noms de ses dernières expositions en sont la preuve : « Genèse », 2015 ; « Pulsations », 2016, et « Éclats », 2017.

Parfois, la création de l'artiste de Lleida débouche sur une calligraphie qui rappelle la peinture japonaise traditionnelle, fort loin de la texture matiériste et chromatique des tableaux. Qu'importe ! Toujours et sans relâche, Vall Palou adoptera le *modus operandi* propre des artisans, mais pour des pièces uniques, car la reproduction en série lui fait horreur.

C'est en réalisant des livres d'artiste qu'elle accentue son talent et qu'elle apprend à relier et à mettre en page. Ainsi, pour l'un de ces livres-objets, *Paret amb esquerdes (Le Mur aux lézardes)*, exécuté avec Sala-Valldaura, elle emploiera les techniques du RIP, du stencil et de l'impression en relief avec du polystyrène sur papier Super Alfa de 250 grammes. Entre juillet 2015 et avril 2016 est alors née une œuvre dont il n'existe que deux exemplaires qui, par son travail des incisions, rappelle Lucio Fontana. Avec Vicenç Altaió, Vall Palou a créé *Sobreamor (Suramour)*, un autre livre d'artiste, en deux exemplaires aussi, où il faut signaler les gradations des rouges et des noirs, dans un dialogue axé autant sur la géographie du désir que sur un espace commun, le Maroc.

L'essentialisme n'exclut pas l'élaboration méticuleuse : Teresa Vall Palou travaille dans son atelier, fidèle à des convictions que l'on peut qualifier d'informalistes. Carrément, jamais elle ne s'est pliée aux méandres du marché de l'art : dès le départ, son informalisme –s'il fallait le qualifier– est un informalisme abstrait, absolument pas gestuel et plutôt matiériste, du moins quant à la peinture. Il s'agit d'un art qui se fait, libre de contraintes réflexives, qui n'accorde pas la priorité au hasard –sans l'exclure toutefois– mais à l'invocation, ensemble et de concert, des formes et des matières, des mains et des couleurs, du temps et des espaces.

Pour un Français, l'œuvre de Vall Palou évoquera certainement le « grattage » de Jean Fautrier ou les paysages inexistants de Jean Dubuffet, chez les classiques modernes. C'est la similitude des résultats qui les rappelle, bien que les procédés de la Catalane soient tout autres : elle ne gratte que pour remplir ou signaler des contrastes, selon un savoir-faire personnel bien identifiable, totalement singulier, qui élève le désir de perfection jusqu'à l'obsession. Un langage artistique qui nous parle depuis la plus haute ambition esthétique.

(Traduction de Nathalie Bittoun-Debruyne)